



(Fragmento de la novela *Tee* ganadora del Premio Nacional de Novela Breve Rosario Castellanos 2006)*

Montserrat Hawayek

1

La vi por primera vez en un vagón de metro una tarde de regreso a casa. Era una mujer *sui generis*: tez clara, buena osamenta, cabellera desordenada y decorada por una orquídea. Sus rasgos daban a su cara la imagen de un boceto no estaba totalmente terminada. "Veintiocho quizás ¿treinta?", calculé mientras me perdía en unos ojos grandes, brillantes y oscuros, como de piel foca. Vestía una playera cualquiera y unos jeans entallados al cuerpo. Al observarla una oleada de deseo me recorrió. Pude verla tendida sobre mi cama, la piel pálida, los pechos nítidos y el vientre plano. Me llamó la atención uno de sus pezones; diminuto, notoriamente tímido y a punto de retractarse. Al salir de mi ensueño no pude más que reír de mi ocurrencia, porque una mujer como ésa, jamás se hubiera fijado en alguien como yo, tan insignificante, tan retraído, tan poca cosa.

Su madre siempre había celebrado la docilidad en una mujer, sin embargo, en los breves capítulos de su existencia, ella se había cansado de vivir rodeada de individuos que intentaban hacerla sentir pequeña y manejable. Algunos trataban de avasallarla con la actitud, otros subían el tono de voz para imponerse y para distinguirme de todos ellos, desde el principio decidí tan sólo nombrarla Guinea.

Supe que su profesión era inusual y aunque tenía auto, a veces prefería usar el metro para ir al centro. También que era catadora de té, por causa de su tía y que en las visitas infantiles a su casa, en las que tomaban infusiones, Águeda la inquietaba con nociones extravagantes: Tu nombre es azul fuerte. El tres es color naranja. No me hables del siete porque es oscuro, absolutamente tenebroso. Sus secretos casi mágicos y plenos de misterio a los oídos de una niña, no eran compartidos por

cualquiera y aunque ella jamás fue capaz de ver el aura de las letras o números, para no defraudarla correspondía no sólo preguntando por el color de su número favorito sino inventando juegos como escuchar la tetera y su melodía, elegir la taza en el ruido delicado de la porcelana; inspirar y espirar, primero el orificio derecho, después el izquierdo hasta plasmar las vibraciones del olor y su intimidad en una textura. Poner las tazas frente a ella, servir el té y gozar el delicado murmullo de la hospitalidad de su tía. Beberlo y cerrar los ojos: para ella cada infusión un universo.

Guinea perturbaría mi vida. Después de mirarla no podía ser el mismo, a donde quiera iba acompañado por su esencia, buscaba dentro de mí, sin poder encontrarla. Pensaba sobre las cosas sin llegar a reflexionar, olía parcialmente y oía sin escuchar. La mitad de mi energía se desvaneció. Llevaba mi vida ordinaria —de la sala de redacción a la casa y viceversa— pero algo me impedía hablarla. Aunque sentía la necesidad de realizar algo de suma importancia estaba distraído, sumido en un estado fatigoso y torturante. Poseído por esa vida paralela que no me abandonaría ni un momento. Existiría dividido sin quererlo.

Su divertimento, nacido en la sala de la tía Águeda, la convirtió en una profesional de paladar entrenado, capaz de distinguir entre un oolong, un sencha o un blanco sin problema, era una catadora capaz de tejer aromas sin tropiezos. Con sólo oler sabía el origen del té, nombrar cosechas con precisión, traducir aromas, saber si la cosecha había sido recolectada con máquinas o a mano y reconocer el grado que había alcanzado la hoja, sin nombrar lo que podían costar sus mezclas por frasco onza o botella. A veces en las ferias de degustación decía para sí: Prince Vladimir: Redondeado con carácter. Como toda obra de arte despierta anhelos llenán-

donos de recuerdos falsos. Pai Mu Tan: Traslúcido, como seda, una nota central. Su simplicidad y nostalgia lo convierten en una rareza. Loto azul: Breve como un anhelo pasajero, pero absolutamente maravilloso.

Hice un esfuerzo por adentrarme de nuevo en mi libro, pero un par de estaciones adelante la observé, coqueteaba con descaro a un extranjero. Mirándolo fijamente, como una chiquilla, jugaba con sus dedos paseándolos entre los labios, mordiendo, haciéndole imaginar escenas de fantasía. Él reaccionó de inmediato, primero sonriendo para asegurarse y después acercándose.

Ella se concentraba en hacerlo sentir incómodo, ante mis ojos incrédulos le pidió que se diera una vuelta para observarlo. Miró hacia sus genitales. La vi acercarse para olerlo, frotó su cuerpo contra el del incauto, le dijo algo al oído y bajaron en la siguiente estación. Tiempo después supe que ella lo había elegido por su parecido con Robusta. También creí adivinar lo que intentaba con esos juegos: tapar su ruta afectiva con otras huellas. Entonces sentí una descarga abrupta, una punzada de celos.

¿Cómo ocurrió su cambio? Como ocurren los grandes líos... liándose, formando alianzas hasta franquear horizontes... Fue paulatino. Sin el afán de generalizar, en las escasas páginas de su vida, se había topado siempre con hombres carentes de té. Hombres como el de anoche, un engreído al que encontré en la barra de un bar. Marcaba su territorio, como los perros, con el pecho erguido. Ella se abrió un espacio, acercó el teléfono celular hacia su dueño, ignorándolo. El tipo la fulminó con la mirada. Hombres como el aroma del señor Robusta.

2

—Estás fuera de ti, trastornada.

—Desde que se fue Robusta, siento que los odio a todos.

—No les das oportunidad.

—No la merecen. La última vez que decidí dar una oportunidad ya ves cómo me fue.

—Anoche desapareciste del vagón sin dejar huella.

—Me llevé al tipo a la casa.

—¿Y qué tal?

—Pésimo. Nos tomamos unas copas y se puso necio. Ya vez que era bien parecido y prometía tener un buen olor. Cuando llegamos a mi depar-

tamento se metió la mano dentro del pantalón y no dejó de tocarse.

—¿Te excitó?

—Me sentí presionada. A veces me pregunto ¿por qué los hombres no entienden que coger, es delicioso cuando se tiene calma? Yo tenía ganas de bailar, de retozar un poco, de olerlo y de que nos acariciáramos sin prisas. Él tenía urgencia por metérmela y largarse. Por eso no pude contenerme, me entraron unas ganas de...

—¿De qué?

—De escarmentarlo.

—¿Ahora qué fue lo que hiciste? No, mejor no me lo digas, pensándolo bien no quiero saber. Te metiste al metro a provocarlo.

—¿Qué tiene de malo?, ustedes lo hacen todo el tiempo. Más de una vez me ha tocado ser testigo de su manera de abordar a las mujeres en la cola del banco, en la calle o en el metro. Identifican a su presa, le ven las nalgas y piensan en cuánto les gustaría tirárselas. Piensan en el color de sus pezones o en si el color de su pelo se corresponderá con el vello del pubis. Los más sofisticados quizás se pregunten por el tamaño o la forma de sus pies. Quizás hasta imaginen la curva del empuje y al pie enfundado en cierto tipo de zapatos. Son fetichistas y visuales.

Algunos de ustedes son más tímidos que una mujer, bajan la mirada o ven para otro lado. Otros te la sostienen como tratando de ver qué pasa, a esos que son más audaces procuro sonreírles y mirarles los genitales con descaro, siempre resulta menos comprometedor que verlos a los ojos. Entonces me deleito imaginando lo que ellos pueden pensar de mí. Seguramente se hacen las mil y una historias, pensarán que voy al metro a levantar, que soy una buscona, quizás hasta se hagan la historia de que tengo un marido que no me cumple, algunos quizás desearían que se las chupara ahí mismo, pero tan pronto como me doy cuenta de que mi juego se vuelve peligroso me esfumo, me levanto y me bajo en la siguiente estación.

—Algún día las cosas te pueden salir mal.

—Tal vez, pero volviendo a lo de anoche, el tipo del metro se quiso pasar de listo. "Vamos a coger o vas a estar fichando toda la noche. Por cierto ¿te gusta chuparlo?", me dijo. Cuando me hartó su insistencia, me acerqué y con toda mi capacidad de mentir le pedí que se desnudara y se metiera a la cama. Me demoré tanto como pude en el vestidor, con el afán de desesperarlo. Si no

te apuras se me va a bajar, gritó desde la cama. Una vez enfundada en un camisón, me metí tras él, lo envolví con mi cuerpo y acerqué la cara para olerlo, tenía un aroma inservible, eso me desencantó. Decidí entonces besarle la nuca, recorrí su espalda con mis manos hasta tocar sus nalgas, las separé con cuidado para rozar su ano con mis dedos. Fue delicioso oírlo jadear. Cuando estaba dispuesta a complacerlo decidí que su olor no merecía la pena, que mi esfuerzo sería en vano y cuando estaba totalmente desprevenido le dije con una voz lo más ronca que pude fingir: Ahora si cabrón, ponte flojito porque te la voy a meter hasta dentro.

—Y... ¿cómo reaccionó?

—Se volteó y me miró con ojos desorbitados. Salió de la cama pretextando no sé qué mientras se vestía para salir corriendo, estaba espantadísimo, no sabes cómo me reí.

—¡No cabe duda que cada vez estás más loca! Te arriesgas demasiado. Aunque es cierto que nunca fuiste muy normal.

—La culpa la tiene el señor Robusta.

—Robusta, Robusta, si hubiera sabido lo que te trastornaría su abandono, quizás no se hubiera ido.

—La naturaleza de hombres y mujeres es distinta. Los hombres carecen de té en su constitución, las mujeres en cambio tenemos demasiado. A mí me gusta creer que Dios hizo a los hombres individualistas como el aroma del café, no todos desde luego, pero la mayoría son incapaces de sentir en ellos mismos la pequeñez de las grandes cosas; en cambio para crear a la mujer utilizó tan delicadamente sus manos como lo hacen los cultivadores al recolectar las hojas del té.

—¡Qué falta te han hecho los consejos de la tía Águeda! Quizás con su sabiduría habría sido capaz de entender al señor Robusta.

* Montserrat Hawayek (1968), estudió la Licenciatura en Comunicación. Ha colaborado como periodista, guionista y redactora. Obtuvo la beca de Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en su edición 2004, teniendo como tutor a Rafael Ramírez Heredia. Ha participado en diversos talleres de Creación literaria. Asimismo ha colaborado como redactora, guionista, reportera y gerente de información en diferentes medios de comunicación. Fue galardonada con el Premio Nacional de Novela Breve Rosario Castellanos concedido por CONACULTA Chiapas con *Tee*, su primera novela en 2006.